

**CARTA DE HAHNEMANN, A UN MÉDICO DE
ALTO RANGO DEL REY DE PRUSIA,
DEL POR QUÉ ABANDONA LA MEDICINA
SECULAR.**

*El que sepa gobernarse a sí mismo
es más fuerte que el que conquista una ciudad*

Jesús

Carta a Hufeland.

*Extracto de una carta a un médico de alto rango sobre el necesario
renacimiento de la Medicina.*

CARÍSIMO amigo:

No por usted no, por causa de usted mismo y de mi incontenible impulso hacia su excelente corazón tengo que darme el placer de volcar toda mi manera de pensar y mi convicción como me gustaría haberlo hecho ante el público y hace mucho.

Desde hace dieciocho años me aparté del camino habitual en la medicina. Para mí era una penitencia andar a tientas en las tinieblas con nuestros libros en el tratamiento de los enfermos, prescribir cosas de acuerdo con tal o cual opinión -engreída- de las enfermedades que igualmente recibieron su lugar en la materia médica sólo arbitrariamente: tengo escrúpulos de conciencia para tratar estados patológicos

desconocidos entre mis hermanos sufrientes con estos medicamentos desconocidos¹ que, como sustancias vigorosas, cuando no convienen con exactitud -¿y efectos especiales propios?- transforman con facilidad la vida en muerte, o pueden producir molestias nuevas y males crónicos que a menudo son más difíciles de retirar que en la afección original. Convertirme de esta manera en un asesino o un empeorador de la vida de mis congéneres era el pensamiento más terrible, tan terrible e inquietante para mí que en los primeros años de mi matrimonio abandoné el consultorio por completo y ya no traté casi a nadie médicamente para no perjudicarlo más y sólo -como usted sabe- me dediqué a la química y a escribir.

Pero tuve hijos, varios hijos, y una y otra vez se me presentaron afecciones graves que, como atormentaban y ponían en peligro a mis hijos -mi carne y mi sangre- de nuevo me causaron escrúpulos de conciencia más sensibles porque no había de poder prestarles ayuda con alguna seguridad.

¡Pero! ¿De dónde tomar ayuda, una ayuda cierta y segura, con nuestra teoría de los poderes de los medicamentos que se basa sólo en observaciones vagas, a menudo sólo en opiniones hipotéticas, y con la

¹ Se sabe de muchos medicamentos una cantidad de conjeturas que se contraponen y que los hechos contradicen de múltiples maneras y un torrente de noticias físicas, químicas y de historia natural, de lo que sólo sabe en los libros es solamente en qué casos específicos de afección convienen y prestan una ayuda digna de confianza. Son casi por completo desconocidos desde el propio punto de vista medicinal.

incontable cantidad de pareceres arbitrarios acerca de las enfermedades en nuestras patologías? Un laberinto en el cual sólo se puede encontrar tranquilo el que acepta como verdaderas aquellas afirmaciones de los poderes curativos de los medicamentos porque están en cien libros y toma como un oráculo, sin investigar, las definiciones arbitrarias de las enfermedades en las patologías, así como su supuesta cura según ocurrencias hipotéticas en nuestras terapias; si el que no atribuye los casos de muerte ocurridos en sus manos a su ciego tiro al blanco, al que no atribuye las enfermedades agudas agravadas, prolongadas y convertidas en males crónicos incurables durante su cura y sus esfuerzos, vanos por lo común, en padecimientos envejecidos, a lo incierto y nulo de su arte, no todo, muerte y enfermedad apresurada, sólo lo carga a la cuenta de lo incurable del mal, de la desobediencia de los enfermos y de otras pequeñas circunstancias, y tiene una conciencia tan ancha y obtusa, que se arrulla con estas excusas -no válidas ante el Omnisciente- aunque sean engañosas de múltiples maneras, y sigue curando siempre enfermedades -vistas a través de los anteojos de los sistemas- con medicamentos en absoluto no indiferentes para la vida y para la muerte -pero hasta ahora desconocidos-.

¿De dónde ahora tomar ayuda, ayuda segura?, suspiraba el padre inconsolable durante los lamentos de sus queridos, queridos por sobre todo, hijos enfermos. Noche y desierto a mí alrededor, ¡ninguna

perspectiva para el alivio de mí oprimido corazón de padre!

Yo ya había llegado a saber los engaños de las artes de curar habituales en una práctica de ocho años bajo una atención concienzuda y sabía muy bien por triste experiencia lo que se podía curar según Sydenham y Fr. [Friedrich] Hoffman, según Boerhave y Gaubius, según Stoll, Quarin, Cullen y De Haen.

“**P**ero quizá la naturaleza entera de este arte es, como ya lo dijeron grandes hombres, de tal forma, que en sí se puede introducir ninguna certeza mayor”.

“**P**ensamiento ignominioso y blasfemo”, me di un golpe en la frente. “¿Cómo? ¿La omnisciencia del espíritu infinito, el cual anima el universo no había de poder producir medios para aliviar los sufrimientos de las afecciones que él dejó surgir? ¿La bondad paternal, que ama a todo de aquel a quien ningún nombre nombra con suficiente dignidad, que incluso vela por todos ampliamente y hasta por las necesidades apenas imaginables del animalito en el polvo, invisible para el más penetrante ojo humano, y disemina solícitamente por toda su creación, vida y bienestar en rica abundancia, había de ser capaz de la tiranía de no consentir en que su ser humano -afín a él -*Génesis. 1: 26* y *3: 22*- ni siquiera con esfuerzo del penetrante espíritu que le ha insuflado desde arriba, -*Génesis. 2: 7*-

encontrara el camino para conocer medios del enorme reino de la creación terrenal, que tuvieran la capacidad de ahuyentar los tormentos de sus congéneres, que a menudo son peores que la misma muerte? El **Padre Universal**, ¿había de contemplar con frialdad los martirios de las afecciones de sus criaturas más amadas y no habría hecho posible ningún camino para el genio del hombre que por lo demás posibilita todo, ningún camino fácil, seguro y confiable para que consideraran las afecciones desde el punto de vista correcto y pudieran interrogar a los medicamentos, para qué sirve cada uno, para qué es útil de verdad y con seguridad y eficiencia?

Antes que permitir que esta blasfemia tuviera lugar más bien habría yo abjurado de todos los sistemas escolares.

No! ¡Hay un Dios, un Dios bueno, la bondad y la sabiduría mismas! ¡Y exactamente con la misma certeza debe haber un camino, creado por él, en el cual se pueda ver a las afecciones en el punto de vista correcto y curarlas con certeza, un camino no escondido en abstracciones sin fin y en especulaciones fantásticas!

Pero ¿por qué no ha sido encontrado en los dos mil a dos mil quinientos años desde que los hombres se han tenido por médicos?

Seguramente porque estaba demasiado cerca, porque como la Χαλοηαδαθια² en la encrucijada del joven Hércules, era muy simple y no era capaz ni necesitaba de ningún oropel de sofismas artificiosos ni de hipótesis brillantes. ¡Bien!, pensé; si tiene que haber un camino para curar más seguro y confiable, tan cierto como que Dios es el ser más sabio y más bondadoso, no lo buscaré lejos del zarzal de declaraciones ontológicas, en opiniones y sofismas arbitrarios, aunque se puedan desarrollar con elegancia en un sistema pomposo; no en las autoridades de hombres fantasiosos muy celebrados, no; lo buscaré ahí donde podría estar más cerca y donde todos pasaron de largo porque no parecía artificioso, no suficientemente docto y no estaba adornado con coronas de laurel y para los vencedores en talentos -versados- en sistemas, en la escolástica y en abstracciones de altos vuelos. El me bastaba sólo a mí, que no quería entregar a la muerte a mis hijos que se encontraban en peligro con una conciencia práctica acostumbrada a agradar a ningún sistema, a ningún líder partidario. Por eso tampoco hice ninguna gala de mi librito sencillo de que enseña este camino -*Medicina de la experiencia*-,³ satisfecho de haberlo encontrado por

² Palabra griega que designa la meta de la educación en la Grecia clásica: la belleza y la bondad de cuerpo y mente. Aquí Hahnemann alude a la fábula del sofista Pródigo -s. V a. JC.- según la cual Hércules, puesto en una encrucijada ante dos caminos, uno que conduce a la virtud y otro que lleva a la voluptuosidad, elige el primero. [Tv].

³ Berlín, Wittich, 1803.

mí mismo, satisfecho de haberlo abierto también para mis congéneres en la vestidura simple que la verdad reservó para sí en la medida en que era posible eso por escrito, es decir, sin demostraciones junto a los lechos de los enfermos en el hospital.

“**A**hora bien”, -así empecé a encontrar mi camino- “¿cómo podrías notarles a los medicamentos para qué estados patológicos están hechos? ¡Oh! ¿Que este camino enreda en engaños incontables e insolubles y nunca conduce a ninguna certeza lo enseña por cierto los dos mil quinientos años que se le ha andado?”.

“**D**ebes observar a los medicamentos, pensé cómo actúan sobre el cuerpo humano cuando se encuentran en el nivel tranquilo de su salud. Los cambios que los medicamentos causan en el cuerpo sano seguramente no existen en vano, seguramente deben significar algo, ¿para qué estarían sino? Quizá sea ésta la única lengua en la cual estas sustancias se pueden dar a entender con el observador sobre la finalidad de su existencia, quizá los cambios y sensaciones que cada medicamento produce en el organismo humano sano sean los únicos sonidos perceptibles que él -aquí no aturdido por síntomas patológicos estridentes ya presentes- pueda pronunciar distintamente para el que percibe, libre de prejuicios sobre su tendencia específica, sobre su fuerza particular, pura, positiva con la que puede modificar al cuerpo, es decir, desequilibrar al

organismo sano y -cuando puede curar- cambiar de nuevo a la salud al organismo desequilibrado por la afección! “Así pensé”.

Seguí pensando. “¿Cómo habían de llevar a cabo los medicamentos aquellos que realizan en las afecciones, sino por medio de esta fuerza que cambia los cuerpos sanos?” ¡La cual seguramente es diferente en cada mineral, y por tanto ofrece una serie distinta de fenómenos, síntomas y sensaciones!⁴ No pueden curar más de esta manera.

“¡Pero si las sustancias medicinales obran lo que llevan a cabo en las afecciones sólo con la fuerza propia de cada una que altera a los cuerpos sanos, seguramente ese medicamento, en cuyo número de síntomas están contenidos de la manera más completa los rasgos que te caracterizan a un caso dado de afección con la mayor precisión, entonces también, justamente el estado patológico al que pudo curar una determinada sustancia medicinal puede suscitar por sí misma en el cuerpo humano sano! ¡Entonces, en una palabra, deberían poder curar sólo afecciones semejantes a las que ellas mismas producen en el

⁴ Cada uno de los varios miles de genera [géneros] de plantas debe tener un efecto medicinal divergente; si también las especies deben diferir entre sí es esto; porque sus diversidades externas permanentes ya las anuncian como seres de naturaleza propia divergente. ¡Aquí hay abundancia y suficiencia, aquí hay riqueza divina en poderes curativos! Ya sólo se necesitan hombres sabios más libres que tengan la fuerza para deshacerse de las omnipotentes cadenas de esclavos de los prejuicios antiguos y de las teorías. ¡Consuélate, humanidad doliente!

hombre sano y manifestar sólo aquellos efectos patógenos que pueden curar las afecciones!”

“Si no me engaña todo” -seguí pensando- “así es”. “Porque de lo contrario. ¡Cómo sería posible que la violenta fiebre de tres días y aquella fiebre diaria, que curé hace cuatro y seis semanas sin saber cómo sucedió, con un par de gotas de tintura de quina, sin efectos secundarios, haya tenido casi exactamente la serie de rasgos que ayer y hoy percibí en mí mismo después de que, estando sano, por vía de experimento, tomé poco a poco cuatro medias dracmas⁵ de buena corteza de quina!”

Entonces empecé a recopilar los síntomas adversos que los observadores habían experimentado y anotado en sus libros aquí y allá, sin proponérselo, de medicamentos que habían ido a dar en alguna cantidad al estómago de hombres sanos. Pero como esto era poco, me impuse la diligente ocupación de probar varias materias primas medicinales en el cuerpo sano⁶ y he aquí que los síntomas observados con precisión que ellas producían coincidían, para mi admiración, con los síntomas de los estados patológicos que podían curar

⁵ Una dracma 3.6 gr. Aproximadamente [Tv]

⁶ Los resultados, como yo los había recopilado hasta hace cuatro años, se encuentran en mi libro *Fragmenta de viribus medicamentarum positivus sive in sano corpore humano observatis* - Fragmentos acerca de las fuerzas positivas de los medicamentos y observadas en el cuerpo humano sano, Leipzig, ap. Barth 1805. [Leipzig, en casa de Barth, 1805] -V. **Fragmenta-**

fácilmente y sin recaídas. *Organon. Aforismos. 21, 141* y Nt. 103.

Entonces ya no podía menos de admitir como irrefutable el enunciado de que la afección sólo necesita aparecer ante el médico como una serie o grupo de síntomas y sensaciones particulares para que éste pueda extinguirla y curarla sin contradicción por medio de una sustancia medicinal que sea capaz por sí misma de producir los mismos síntomas patológicos en el cuerpo sano -pero con la condición de que el enfermo aleje todo motivo investigable de esta afección si la curación ha de ser permanente, para siempre-.

Comprendí que sólo esta visión de las afecciones, tomarlas cada vez según el complejo de todos los síntomas que cada caso individual de afección presenta, es la correcta y la que sirve para la curación y que en lo futuro las formas de las enfermedades en nuestras patologías -eran hechuras artificiales compuestas de fragmentos de enfermedades disímiles- ya no nos desplazarán la verdadera visión de los padecimientos que expone la naturaleza en el lecho del enfermo; que las terapias de los muchos sistemas, llenas de indicaciones curativas y planes de curación arbitrariamente ideados, ya no podrán extraviar al médico consciente y que ya ninguna especulación metafísica y escolástica de la primera causa interna de

las afecciones, que los mortales nunca pueden imaginar, -la muñeca favorita del racionalismo-, necesitará decir mentiras con un quimérico procedimiento curativo. Id. *Af.* **31** y Nt.

Comprendí que había sido encontrado el único camino que trae la curación sin ingrediente humano, sin pompa docta. Id. Nt. 1.

¡Pero todavía no había sido hollado! Yo tenía que andarlo sólo, con mis propias fuerzas, con mis propios medios auxiliares. Lo anduve confiado y con suerte.

“Toma los medicamentos según los rasgos que ocasionan en el cuerpo sano de acuerdo con una observación exacta y repetida y líquida con ellos el respectivo caso de afección que muestre un grupo de síntomas que se pueden encontrar en la serie de síntomas que el medicamento a emplear puede originar por sí mismo -en el cuerpo sano-; así curarás la afección con seguridad y facilidad. O en otras palabras: mira qué medicamento contiene la manera más completa, entre sus síntomas de presente caso de afección, y este medicamento curará con certeza, seguridad y facilidad”. Id. *Afs.* **48, 213-214.**

Esta ley, que me fue dictada a partir de la naturaleza de las cosas, la obedezco ahora desde hace ya muchos años sin que alguna vez haya necesitado, desde entonces, tomar la ayuda de nada de alguno de

los procedimientos médicos muy habituales. Desde hace doce años ya no he hecho uso de ningún purgante para bilis ni para flema, de ninguna bebida refrescante, de ningún medio de los llamados disolventes o resolutivos, de ningún calmante general de espasmos o dolores ni narcóticos, de ningún medio general estimulante o fortalecedor, de ninguna de las disposiciones que la terapia general de cualquier sistema prescribe para autoinventadas indicaciones de curación. Yo curaba solamente de acuerdo con la ley natural mencionada y no me desvié de ella en ningún caso.

“¿Y el resultado?” ¡Cuán natural! La satisfacción que tengo de este procedimiento no la cambiaría por ninguno de los bines terrenales más celebrados.

Durante estas investigaciones y observaciones de tantos años hice el nuevo descubrimiento importante: que los medicamentos en su acción sobre el cuerpo sano manifiestan dos tipos de efectos y series de sistemas totalmente opuestos entre sí, una inmediatamente o poco después de la ingesta -o poco después de tocar la fibra sensible y viva de cualquier parte del cuerpo- y la segunda, totalmente opuesta, poco después de la desaparición de la primera, que además, cuando los medicamentos son adaptados al caso de afección existente por medio de aquellos primarios -del medicamento- o -en otras palabras-

cuando los síntomas patológicos a combatir se pueden encontrar en su mayoría entre aquellos que el medicamento se debe escoger suele producir en las primeras horas de su efecto sobre el hombre sano -de forma tal que los síntomas de la afección y de los del medicamento del tipo primario tengan entre sí una semejanza lo más grande posible-, que, digo yo, sólo en este caso surge una ayuda duradera en tanto que el estímulo patológico existente es por así decir, superado, desplazado y extinguido por otro muy semejante -generado por el medicamento- en un lapso lo más corto posible, increíblemente corto. A esto le llamé terapéutica -radical- curativa. -la cual produce la salud permanente con la mayor seguridad y sin males ulteriores. Id. *Afs.* 26 y 63.

Por otra parte también me di cuenta -lo cual, sin embargo, también se podía prever con facilidad- que por el camino contrario, cuando -según el procedimiento habitual de la escuela: *contraria contrariis curentur*- se combate los síntomas de la afección completamente contrarios al efecto primero -primario- del medicamento -p. ej., insomnio habitual o diarrea crónica con opio, debilidad antigua con vino o estreñimiento crónico con laxantes-, sólo resulta una ayuda paliativa, sólo un alivio por algunas horas, porque después de estas horas aparece el tiempo del segundo estadio del efecto del medicamento que es lo

contrario del primer efecto y lo semejante del estado mórbido a combatir, en consecuencia, un añadido de la afección, y degenera en el agravamiento de la misma. Id. *Afs.* 57, 63-69.

En donde quiera que se combatan síntomas con medicamentos en la práctica usual,⁷ así sucede, según las reglas del arte ya mencionadas siempre sólo de esta manera paliativa. Un procedimiento curativo de acuerdo con la concepción arriba mencionada no lo conoce la medicina actual.

Pero este hallazgo mío es tan importante que, si se le conociera y ejerciera, la experiencia de todo el mundo manifestaría que una ayuda duradera -esto se observa preferentemente en miasmas crónicos- sólo se obtiene según la utilización curativa de los medicamentos -*similia similibus*- por medio de las dosis mínimas -microdinamizaciones- en un tiempo breve; mientras que la manera paliativa usual por doquier, según la cual todo médico en esta redondez de la tierra sin excepción -en casos en los que tiene cualesquiera contrario- suele combatir los síntomas, sólo puede aliviarlos por unas horas, y debe causar que el mal, después de estas pocas horas surja de nuevo con fuerza tanto mayor, si es que el médico no prolonga el chiste por algunos días, lo cual no es raro, mediante dosis

⁷ Porque además del alivio de los síntomas, se tienen en la práctica habitual muchas otras clases de procedimientos, si es posible más arbitrarios y más inadecuados.

más frecuentes, cada vez más fuertes. Pero por otra parte, entonces crea por medio de dosis tan altas - macrodosis- del remedio -no curativo ni adecuado homeopáticamente y por los efectos secundarios de estas macrodosis, nuevos estados patológicos, que a menudo son más difíciles de eliminar que el mal original y que con bastante frecuencia se cierran, además, con la muerte final. Id *Afs.* **74-75**.

Se ve, sin que yo haga nada, que esta perniciosa terapéutica paliativa tampoco puede bastar en afecciones -miasmas- crónicas ni llevar a ellas la salud pura, y así la experiencia enseña también que los padecimientos crónicos no pueden ser eliminados en corto tiempo por ningún procedimiento medicinal actual ni transformados en salud, si no es que a la larga se da un cambio tan afortunado y a veces se produce la salud por la autoayuda de la naturaleza, por un medio adecuado para curar prescrito por casualidad entre otros, por un adecuado baño de aguas minerales igualmente fortuito o por otros acontecimientos afortunados. Id. *Af.* **285** y Nt.

Además de estos perjuicios, a menudo irremediables, a la salud de los seres humanos, la terapéutica paliativa también derrocha una increíble cantidad de medicamentos caros que deben ser administrados a los enfermos en una cantidad grande, a menudo enorme, para producir sólo algunos

resultados aparentemente buenos, de manera que un Jones en Londres necesita en un año trescientas libras de corteza de quina, y otros médicos, cada uno varias libras de opio.

Igualmente, con el médico que sana curativamente, este es exactamente el caso inverso. Como él sólo requiere el estímulo mínimo, pero consonante, de los medicamentos para extinguir con rapidez un estímulo patológico consonante, su necesidad de medicamentos buenos -también de los que se usan muy a menudo- es tan pequeña que titubeo para poner aquí aunque sea un dato aproximado, para no causar extrañeza; tan pequeña, que el bloqueo de Europa se podría soportar todavía mucho tiempo. Id. Nt. 157.

En este camino divergente de todas las demás terapéuticas, opuesto a ellas del todo casi sin excepción, el médico curativo sana también con una certeza que suscita admiración, incluso afecciones crónicas de fecha antiquísima, y esto, cuando el número de los medios que conoce con exactitud⁸

⁸ De los remedios conocidos con exactitud tengo ahora unos treinta y de los conocidos con bastante exactitud aproximadamente otros tantos, sin que las restantes me sigan siendo desconocidos. Por supuesto yo, completamente sólo, no podía recuperar en los breves días de mi vida lo que toda mi época anterior había perdido, por más que yo mismo no perdiera instantes, con menoscabo de las habituales alegrías de la vida. También ya habría comunicado al mundo la gran cantidad de efectos de los medicamentos observados desde 1804 y habría publicado todo en alemán si el impresor de los Fragmentos -V. **Fragmenta**- no se hubiera disculpado con los tiempos malos.

ofrece uno adecuado, en un tiempo increíblemente corto, sin dolencias ulteriores.

Ahora bien, si como acaso debería yo creer, es la profesión del médico excelente, único: la curación de las afecciones, la liberación de los congéneres de aquellos tormentos sin nombres que obstaculiza el disfrute tranquilo de la vida, a menudo hace insoportable la existencia o la ponen en peligro, sí, que incluso impiden la actividad de la mente, ¿cómo puede él, si todavía late en él un corazón lleno de sentimiento o si todavía se agita en su pecho una chispa del fuego sagrado que caliente, inflama al auténtico hombre, convirtiéndolo en genio bienhechor para la humanidad, cómo puede titubear todavía un instante para escoger este camino de curación mejor, incomparablemente más útil, y para pisotear la demencia de las escuelas médicas actuales, aunque ésta tuviera tres mil años? Esta por supuesto, no enseña cómo se puede sanar a los hombres con satisfacción de la conciencia,⁹ sino sólo como se tiene que dar uno ante las gentes del barniz de docta sabiduría y discernimiento profundo. Sólo para el de corazón débil son la ilusión y los prejuicios nocivos sagrados e

⁹ Lo poco positivo en la enorme cantidad de escritos médicos consiste en la terapéutica descubierta por casualidad de dos a tres afecciones que se originan de un miasma que siempre permanece igual a sí mismo, la fiebre intermitente otoñal, la sífilis y la sarna de los trabajadores de la lana; habría que agregar además aquel gran hallazgo afortunado, la protección de la viruela por medio de vacunas. Y estas tres a cuatro curaciones se llevan a cabo en verdad sólo de acuerdo con mi principio, *similia similibus*. Pero más cosas positivas no pueden exhibir toda la medicina desde los tiempos de Hipócrates, la curación de todas las demás afecciones siguió siendo desconocida.

intocables porque ya están introducidos en el mundo, porque están cubiertos con el musgo del paso de los años; por el contrario el sabio auténtico pulveriza alegremente bajo su paso vigoroso la ilusión y los prejuicios para ganar espacio para el altar de la verdad eterna que no necesita de ninguna herrumbre antigua para la certificación de su autenticidad, de ningún encanto de la novedad o de la moda, de ningún sistemático, en palabras para la explicación medrosa, de ninguna sanción de autoridades impositivas, sino que ella misma, emancipada, habla con la voz de la divinidad con fuerza y profundidad al corazón del que está libre de prejuicios, con una impresión imborrable.

Al fin de cuentas, alguien tenía que abrir el camino alguna vez, y yo lo abrí.

Ahora el camino está ahí, abierto. Todo médico atento, diligente y consciente puede hollarlo con libertad.

Pero si este camino que yo encontré en silenciosa contemplación de la naturaleza, aplastando todos los prejuicios corrientes, el único que conduce con seguridad y certeza a la curación y la salud, contradice precisamente en el rostro a todos los dogmas de nuestras escuelas médicas, como otrora las tesis de Lutero, valerosamente clavadas en la iglesia del castillo de Wittenberg, contradijeron a la jerarquía que

deformaba el espíritu, ni mis verdades ni las de Lutero pueden evitarlo. Ni él merecía los espumarajos de los prejuiciosos, ni yo.

“**R**efutad”, hago un llamado a mis contemporáneos, “refutad estas verdades, si podéis, por medio de un procedimiento curativo aún más efectivo, más seguro y más agradable de lo que es el mío y no discutáis sólo con puras palabras, de las cuales ya tenemos demasiadas”.

“**P**ero si confirmáis en la experiencia el mío como el mejor, como yo ¡servíos de él para la curación para la salvación de los hombres y dad a Dios el honor!

¡**P**ero usted, carísimo!, animado con el manso espíritu de Melancton Philipp Schwarzerd -1497-1560-, teólogo alemán, amigo de Lutero, conocido por su espíritu conciliador] que gusta tanto de unir a todos los partidos opuestos, puesto que no se puede amalgamar ilusión con verdad, tolere por lo menos al buscador de la verdad de corazón puro inflexiblemente recto. En las convicciones, insobornables para las falsedades y engaños de sistemas, aun cuando usted no se dignara lanzar una mirada valerosa a la aurora que empieza a despuntar, la cual nos traerá, sin poder detenerse, el día anhelado.

Cristian Hahnemann. 1808.

